



Fotografía: Julien Divay

Estreno absoluto
País: España
Idioma: español
Género: teatro

Texto: José Manuel Mora, inspirado en *El pequeño Eyolf* de Henrik Ibsen
Dirección: Carlota Ferrer
Intérpretes: Verónica Forqué, Cristóbal Suárez, Julia De Castro, Carlos Beluga, Lucía Juárez, Alejandro Fuertes Marciel, Mateo Martínez y Emilia Lazo
Dramaturgia: José Manuel Mora y Carlota Ferrer
Ayudante de dirección: Enrique Sastre Escandón
Diseño de iluminación: David Picazo
Ayudantes de iluminación: Daniel Checa y Sergio Aguilera
Diseño de espacio sonoro: Sandra Vicente
Diseño de espacio escénico y vestuario: Carlota Ferrer
Ayudante de escenografía: Miguel Delgado
Ingeniería: Fernando Valero
Coreografía: Carlota Ferrer
Coordinación de producción: Gema R. Lirola
Diseño gráfico: Luis Camafreita
Producción ejecutiva: Fernando Valero
Gerencia Draft.inn: Gabriel J. Rodríguez
Técnico Draft.inn: Josep Maria Comas
Estudiante en Prácticas del Máster de la ESADCyL: Miguel S. Mota
Producción: Madrid Cultura y Turismo SAU, Draft.inn (Meine Seele Teatro S.L.), PREVEE S.L., Artífice Escénico
Distribución: Clara Pérez - info@claraperezdistribucion.com
Con la colaboración de Readest Montajes S.L.

Fotografía: Ildé Sandrín

Duración: 1 hora y 30 minutos (sin intermedio)

#EIUltimoRinoceronteBlanco
@TeatrosCanal



Depósito Legal: M-XXXXXXX-2019. Imprime B.O.C.M.

#EIUltimoRinoceronteBlanco
@TeatrosCanal



CARLOTA FERRER/ JOSÉ MANUEL MORA/ DRAFT.INN

El último rinoceronte blanco

Del 24 de abril al 12 de mayo 2019

“La culpa de los padres que deben pagar los hijos ¿es pues el fascismo, ya en sus formas arcaicas o en sus formas absolutamente nuevas, nuevas sin equivalente posible en el pasado?”.

Pier Paolo Pasolini, *Los jóvenes infelices*

Henrik Ibsen escribió *El pequeño Eyolf* en 1894, a 12 años de su muerte. Es su antepenúltima obra dramática y, a pesar de no estar entre sus textos más representados (al menos no tanto como *Casa de muñecas*, *Un enemigo del pueblo*, *Peer Gynt* o *Hedda Gabler*), contiene maestría en fondo y forma. Maestría y amargura, por ser un análisis despiadado de la desesperación y de la soledad de los burgueses de finales del XIX. *El pequeño Eyolf* es la crónica de un desgarró, un retrato castrante (en el sentido freudiano, sin ser caprichosa esta referencia, pues en ese tiempo estaba muy presente en los escritores lo dicho y escrito por Freud), una disimulada anagnórisis sobre lo que supone -y supondrá andando el siglo XX- el individualismo.

125 años después, aquella obra de Ibsen sigue siendo pertinente para hablar de la convivencia -cuando no el combate- entre el Hombre y la Naturaleza, entre lo mundano

y lo espiritual, entre lo sagrado y lo profano. Así lo han creído José Manuel Mora y Carlota Ferrer, un tándem creativo con una buena nómina ya de colaboraciones que van desde los textos propios de Mora (*Los nadadores nocturnos*, *Los cuerpos perdidos*) hasta las revisiones de los clásicos contemporáneos (*Esto no es La casa de Bernarda Alba*). Juntos han convertido *El pequeño Eyolf* en *El último rinoceronte blanco*.

En marzo de 2018 murió en una reserva keniana el último macho de la subespecie de rinoceronte blanco del norte. Se llamaba Sudán y tenía 45 años de edad. Su muerte es un símbolo cruel de lo mejor y lo peor del ser humano: por un lado, menospreciamos la Naturaleza y, por otro, somos capaces de desarrollar toda una ingeniería genética con la que, quién sabe, podamos recrear en laboratorio la especie desaparecida. Primero la dejamos morir y luego intentamos resucitarla. En el texto de Mora y Ferrer, Eyolf se llama Jesús. No es una cuestión baladí. “Los personajes de la ficción de Ibsen –señala Mora- parecieran querer conseguir la salvación a través del hijo y, ante la repentina pérdida del mismo, se plantean cómo pueden transformar su vida sin ese elemento de unión”.

La muerte de Sudán -con la que se abre la obra, convertida casi en una premonición- nos sirve para conocer a Jesús, un niño ni de lejos tan inocente como lo era en el original. En una suerte de escena prólogo con trazas de metateatralidad, Jesús le habla a Juan, su padre, de su nihilismo y, como un derivado del hikikomori, le espeta: “cuando te fuiste pasé mucho tiempo solo. Sustituí al Padre por Internet. Ahora ya es tarde”. Desde el principio, lo que escribió Ibsen hace 125 años pasa a ser rabiosamente presente. La pregunta nos salta a la cara desde hoy: ¿qué queremos de los hijos, cómo los criamos, cómo combinamos sus deseos con los nuestros, qué mundo les dejamos?

La responsabilidad, la nuestra, la de los adultos, para con las generaciones venideras: he ahí la cuestión. Asistimos hoy día a una lógica preocupación ecológica en nuestros jóvenes que bien podríamos haberla tenido nosotros. Para cuando ellos lleguen a los lugares de poder y decisión, quizás sea ya tarde. Por mucha conciencia que traigan -y eso es mérito colectivo nuestro también, siendo justos- les dejamos un planeta al borde del abismo, sin posibilidad de enmienda. Juan, el padre de Jesús, ha vivido retirado, dedicado por entero a la escritura de un tratado sobre la responsabilidad humana. De pronto, una epifanía le aparta de su empeño para pasar de la teoría a la práctica. Ha decidido por fin ocuparse de lo que nunca hizo: la educación de su hijo.

Su conflicto se cruza con el de Magda, la madre de Jesús. También con el de Eva, su hermana, íntimamente ligada al niño. En ellas subyace la cuestión de la maternidad.

Con Magda afloran las consecuencias de plegarse al mandato biológico y social de ser madre y esto, planteado a finales del siglo XIX, era un tanto revolucionario. ¿Desaparece la mujer para ser solo madre? ¿Se ha de ser madre a tiempo completo y no molestar los “nobles” quehaceres del otro progenitor, el padre? ¿Qué riesgos asume la mujer que decide posponer o abandonar definitivamente la decisión de ser madre? ¿Qué pasa con esas personas que tienen hijos solo para llenar el hueco de una existencia vacía?

Con el desarrollo del personaje de Eva asistimos, por otro lado, a la materialización de otra serie de temas. La fecundación *in vitro*, la gestación subrogada, la congelación de óvulos e incluso el aborto son cuestiones contemporáneas donde la ciencia y las éticas (en plural porque muchas de las controversias que se suscitan están contaminadas por sentimientos culturales y religiosos, que establecen sus propios esquemas morales) se dan de bruces y levantan polvaredas que entorpecen la reflexión pausada y racional sobre lo que el progreso humano tiene que decir en cuanto al curso habitual de la Naturaleza, sobre si asistimos a una sofisticación de la libre elección de la maternidad o se está pervirtiendo su condición natural.

El último rinoceronte blanco habla todavía de muchas más cosas. Lo que empieza como melodrama nórdico acaba en drama metafísico. Una de las palabras que más se repiten a lo largo del texto de Mora es HUECO. Todos los personajes tienen un hueco que llenar, un reflejo evidente de esta época compulsiva en la que todos arrastramos carencias a cuestas, ya sean de tiempo, de amor, o de deseo. “Eso es porque hemos sustituido a Dios por el psiquiatra -dice, tirando de metáfora extrema, José Manuel Mora-. La Madre de las Lágrimas (personaje que aporta como ningún otro la dimensión espiritual a la obra) dice en un momento de la pieza que a los niños hay que hablarles de la Naturaleza, de Dios, de lo espiritual, porque si no, al final, terminan buscando una causa mayor que les dé sentido a sus vidas y se vuelven fascistas. No estoy diciendo, ni mucho menos, que la solución se encuentre en refugiarnos en el aparato inerte y fósil de la religiosidad oficial, pero sí creo que hay una parte espiritual en nosotros, hombres y mujeres, que hemos de volver a conquistar, precisamente porque todo lo material tiene fecha de caducidad”.

Todo esto sucederá en un escenario austero, casi minimalista, ya que Carlota Ferrer carga las acciones sobre los propios personajes, sin renunciar a sus habituales pasajes de danza y movimiento, marca de la casa. Pero no disimula un tono bergmaniano en su dirección, puesto que el maestro sueco es un puente ineludible entre el teatro de Ibsen y el teatro de hoy. Él mismo montó a Ibsen y lo hizo derribando la losa naturalista,

renovando el estereotipo temporal y abriendo la escena a nuevas posibilidades, probablemente lo que está buscando Ferrer, que consigue que las voces que callan al abandonar la escena perduren y sigan vibrando en la ausencia.

Antes de que los guardianes de la pureza salten de sus asientos ofendidos por el ¿ultraje? a Ibsen, digamos para concluir que los textos escritos hace 10, 100 o 1.000 años no son las sagradas escrituras. “Concibo esta versión como un diálogo entre el texto de Ibsen y mi escritura. Es como si el texto de Ibsen fuera un espejo en el que mirarme. No estamos sometidos al texto de Ibsen, no existe ninguna relación jerárquica del texto de Ibsen hacia nosotros, lo cual no significa que no haya respeto ni admiración por el material original. Nos interesa esta obra porque nos proporciona muchas preguntas sin respuestas e intervenimos en ella desde nuestro presente”, sentencian Mora y Ferrer. Ahora le toca a usted, respetable espectador/a, adentrarse en este juego de espejos y dejarse tocar por su propio reflejo condicionado.

Álvaro Vicente